

CAPÍTULO 1

Los celtíberos que encontró Roma: novedades arqueológicas

M^a Luisa Cerdeño, Emilio Gamó y Teresa Sagardoy

1. LA PERSPECTIVA INDÍGENA

El estudio del proceso de romanización en los territorios peninsulares, especialmente de las regiones del interior, carecía hasta hace poco tiempo de un registro arqueológico solvente que sirviera de correlato a la información proporcionada por las fuentes escritas greco-romanas y ello hacía que predominara una visión sesgada que analizaba los pueblos indígenas siempre a través del prisma romano.

Guadalajara estuvo habitada por dos etnias prerromanas importantes: los celtíberos en el norte y este de la provincia y los carpetanos en el suroeste, pero este trabajo lo hemos centrado únicamente en los celtíberos por dos razones fundamentales. En primer lugar por el especial protagonismo que esas comunidades tuvieron en los episodios bélicos de la conquista y en segundo lugar porque existe un importante volumen de información sobre la cultura celtibérica, a partir de los numerosos estudios realizados durante las tres últimas décadas, que permite una aproximación más metódica que en el caso de los carpetanos, de quienes hay pocos yacimientos excavados sistemáticamente. Además, muchos yacimientos nuevos se concentran en el extremo más oriental de la Meseta, especialmente en las parameras de Sigüenza y Molina, tanto porque fue un territorio central de la Celti-

beria clásica como porque allí se ha llevado a cabo una gran actividad arqueológica (Fig. 2).

En el ámbito celtibérico se han realizado excavaciones en extensión, confirmado estratigrafías, contextualizado materiales, analizado numerosos tipos de muestras, se han obtenido dataciones absolutas, etc. y todos los equipos involucrados en esta tarea han tenido, además, un marco adecuado en los *Simposia* sobre los celtíberos que el profesor Burillo viene organizando desde finales de los años ochenta y que hoy siguen siendo un foro de referencia para discutir las líneas de investigación abiertas.

Las últimas etapas históricas de estos pueblos eran las mejor conocidas, dado que el estudio de los textos clásicos nunca se abandonó y era en ellos donde se encontraban datos específicos, completados con los estudios lingüísticos que también tienen una tradición más que centenaria. Pero la verdadera personalidad de aquellas sociedades no se puede comprender sin tener en cuenta que, cuando fueron conquistadas por los romanos, tenían detrás varios siglos de historia propia que durante mucho tiempo quedó prácticamente obviada, ya que la arqueología contaba con un registro material antiguo y poco sistemático procedente de excavaciones realizadas a finales del siglo XIX y principios del XX, siendo la documentación arqueológica de la época de la conquista insuficiente y

poco contrastada con los hechos históricos conocidos.

La cultura celtibérica está bien perfilada desde el principio de la Edad del Hierro y su inicio puede situarse en el siglo VII a. C., hundiéndose sus raíces en el Bronce Final según ha demostrado el estudio de nuevos yacimientos con niveles antiguos y numerosas fechas radiocarbónicas (Cerdeño y Sagardoy 2007; Lorrio 2005; Tabernero *et alii*: 2010). El período Celtibérico Antiguo se desarrolló durante la I Edad del Hierro y está caracterizado por una serie de elementos que le emparentan con el valle del Ebro, especialmente los asentamientos permanentes y sólidos, es decir, los castros con elementos defensivos visibles, diseño urbano de “calle central” y viviendas rectangular adosadas, las necrópolis de incineración en llano con tumbas planas y/o bajo túmulos y una serie de materiales cerámicos y metálicos bastante bien sistematizados.

Sobre los períodos Pleno y Tardío se dispone de pocas fechas absolutas, por otra parte poco expresivas en esas épocas, pero se conocen buenas seriaciones tipológicas que se están revisando a la luz de los últimos descubrimientos. Por todas estas razones, nuestro estudio se centra en el período Celtibero-romano, que que no estaba tan bien documentado desde el punto

de vista arqueológico, pero del que ya podemos ver las características que lo definen a partir de hallazgos de los últimos años, contrastados con fuentes literarias.

A la luz de nuestros actuales conocimientos creemos que se puede mantener la periodización que propusimos hace un tiempo, con algunas puntualizaciones nuevas (Tabla 1). Los límites de las fases de cualquier periodización siempre tienen una estructura estandarizada y su estructura tiende a reproducir un modelo tripartito más o menos modificado, al dividiéndose en grupos de uno o dos siglos para facilitar el acercamiento a los acontecimientos que pretenden sintetizar. Esas divisiones suelen descansar en cambios de la tipología de algunos materiales con mayor validez si están apoyados en buenas evidencias tipográficas, como ya ocurre en el caso de los períodos celtibéricos y está empezando a suceder en los períodos más recientes, ajustando las descripciones que hasta ahora existían entre unas fases y otras (Cerdeño 2008: 98).

1.1. La sociedad celtibérica del siglo III a.C.: El período Celtibérico Tardío

A lo largo de todo el siglo III a.C., la sociedad celtibérica desarrolló una serie de características, tanto en formas de poblamiento como en el aspecto económico y social, lo suficientemente significativas como para individualizar este período. Creemos que desde el desterrarse definitivamente la costumbre de incineración como si de un todo homogéneo se tratara el “fin del período IV, III y II a.C.”, puesto que hay evidentes diferencias. Es sobre todo a partir de comienzos del siglo III a.C. cuando, con la llegada de Roma a este territorio, se detectan cambios singulares bastante visibles en los yacimientos arqueológicos estudiados en los datos procedentes de las prospecciones: necrópolis de Riba de Saelices (Cuadrado 1968), Castiljo de Guijosa (Belén *et alii* 1978), La Yunta (Garhuerta y Antona 1992), El Palomar II (Arenas 1995: 187), Los Rodiles (Cerdeño *et alii* 2008), Peña Mániz (Arenas 2008), Castil de Griegos (Martínez Naranjo y de la Torre 2008), Puente de la Sierra (*Ibid.* 2008), etc.

FASES CULTURALES	SIGLOS a.C.
I Protoceltibérico (Bronce Final)	XIII-XI
	X-IX
II Celtibérico Antiguo (I Edad del Hierro)	VIII-VI
Celtibérico Pleno (II Edad del Hierro)	V - IV
Celtibérico Tardío (II Edad del Hierro)	III - inicio II
Celtibero-Romano (II Edad del Hierro/conquista)	II a.C. - I a.C.

Tabla 1. Periodización de la cultura celtibérica, con las modificaciones propuestas a partir de los nuevos estudios.



Figura 1. Foto área del *oppidum* de los Rodiles.

El principal cambio que se detecta ahora es el surgimiento de los *oppida*, poblados más grandes que los tradicionales castros, que actuaron como centros comarcales regulando el ámbito social y económico. En torno a estos lugares centrales se articulan pequeños poblados dependientes, la mayoría en altura pero también en llano, detectándose ya en muchos de ellos una marcada especialización funcional y económica: centros artesanales, de extracción minera, etc. (Arenas 1999: 251).

También ahora, los sistemas de defensa se diversificaron e hicieron más complejos: proliferación de torres, campos de piedras hincadas, fosos más grandes y profundos, pero sobre todo destaca la utilización de aparejos ciclópeos en las murallas (Martínez Naranjo 2002). Estos trabajos defensivos se realizarían con gran esfuerzo social sirviendo de vehículo de cohesión a una determinada comunidad, que mostraba su poder e influencia a través de estas obras monumentales (Figs. 1y 3).

Un buen ejemplo de todo lo expuesto lo constituye el *oppidum* de Los Rodiles, uno de los pocos excavados de esta época (Cerdeño *et alii*: 2008). Se trata de un hábitat de más 3 ha. con un imponente sistema defensivo y dos ocupaciones superpuestas de los siglos III y II a. C. respectivamente, separadas por un nivel de incendio. Este *oppidum* adquirió una importancia singular como centro regional, controlando los elementos clave de su entorno: una gran llanura fértil, los yacimientos de hierro y cobre de la Sierra de Caldereros y la importante vía de comunicación que conecta las tierras meseteñas con el valle del Jalón. Esta privilegiada posición favorecería el aumento y concentración de las poblaciones vecinas y haría necesaria, tanto para su defensa como para la ostentación de su poder, la construcción de un imponente recinto fortificado y su ampliación posterior ante la necesidad de defenderse de un nuevo enemigo. Como ocurrió en otros enclaves de la época, Los Rodiles sufrió la

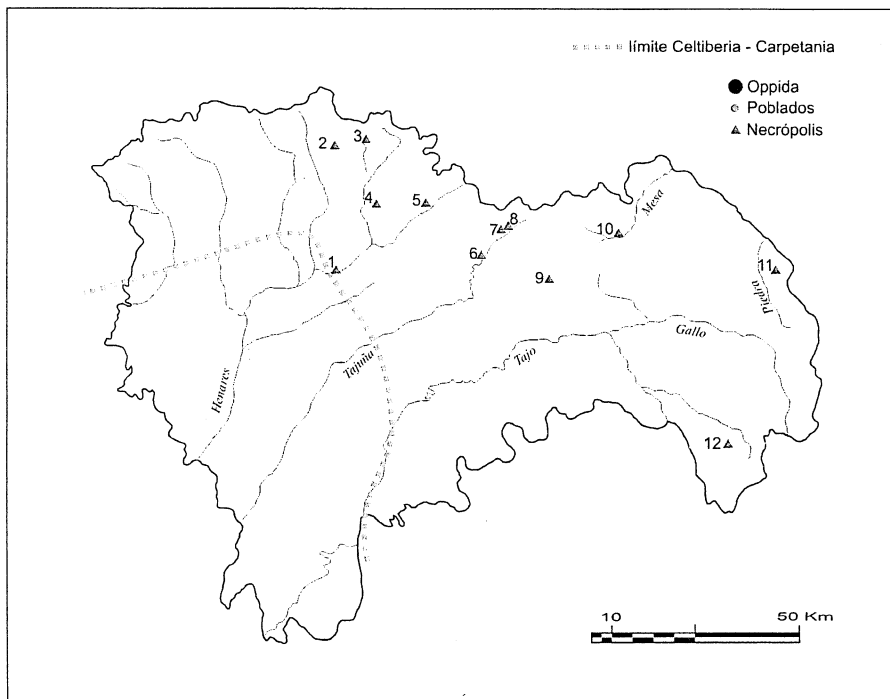
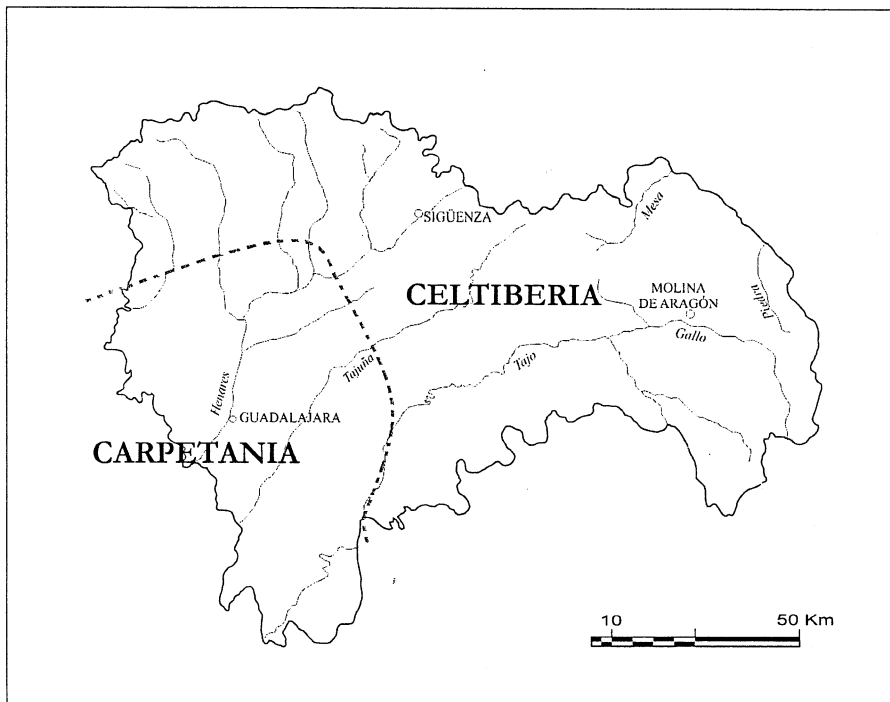


Figura 2a. 1) El límite entre Celtiberia y Carpetania atravesaba la provincia de Guadalajara. 2) Necrópolis con niveles celtibérico-romanos.

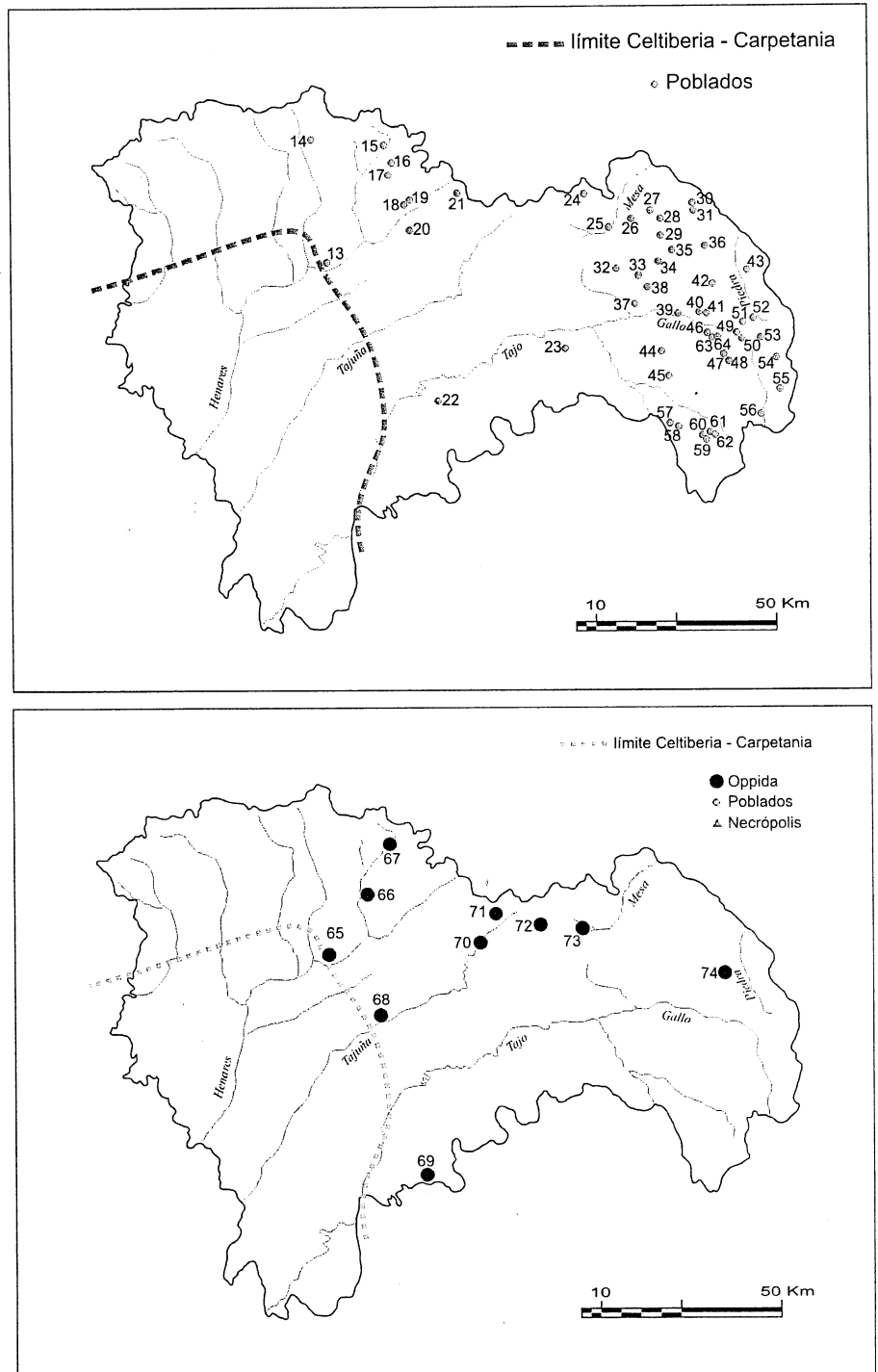


Figura 2b. 3) Poblados en llano y en altura con niveles celtibérico-romanos. 4) Oppida con niveles del período celtibérico-romano. La numeración coincide con la de los cuadros adjuntos.

incursiones militares romanas de principio del siglo II a. C., aunque no debieron ser especialmente devastadoras puesto que el poblamiento se recuperó y se mantuvo boyante durante más de un siglo.

Por su parte, el ámbito funerario muestra algunos cambios ideológicos que están en consonancia con lo que sucede en el poblamiento. Las necrópolis del Celtibérico Tardío siguen manteniendo los elementos característicos de épocas anteriores: ubicación, ritual funerario o las señalizaciones externas, mientras que se detectan cambios importantes en la composición de los ajueres.

Los enterramientos en esta época se caracterizan por el uso casi sistemático de urnas cinerarias realizadas a torno en muchos casos decoradas, dentro de las cuales se depositaban los restos cremados del cadáver y el ajuar. A diferencia de periodos anteriores, los ajueres tienen ahora muchos menos objetos, sobre todo de adorno personal y fusayolas, siendo muy significativa la práctica ausencia de armas, representadas únicamente por algún regatón, punta de lanza o cuchillo. Esta nueva caracterización de los ajueres, en los que ya no hace falta invertir tantos recursos para afirmar el status hereditario, se ha interpretado como muestra del cambio social que estaba experimentando la sociedad celtibérica al caminar hacia una estructura más urbana en la que se iban diluyendo los fuertes lazos de parentesco sobre los que se articulaba toda la estructura social anterior (Ruíz Gálvez 1990: 345; Arenas 1999: 253; Lorrio 1990).

2. LA CONQUISTA DE CELTIBERIA Y EL PROCESO DE ACULTURACIÓN: EL PERÍODO CELTIBERO-ROMANO

2.1. Las evidencias disponibles

Reservamos el nombre de Celtibero-romano para designar el período en que los celtíberos entraron plenamente en la historia de Roma, tras su llegada a este territorio con el ánimo de conquistarlo. El hecho diferencial respecto al anterior período Celtibérico Tardío es que ahora los grupos indígenas se incorporan al ámbito político de los recién llegados, hecho

documentado tanto en los textos greco-latinos como en el registro arqueológico, que constata la aparición de numerosos elementos de cultura material romana.

Sin querer abundar en el hecho militar de la conquista, suficientemente abordado en otros trabajos de este mismo libro, podemos afirmar que a partir del primer cuarto del siglo II a. C. la presencia romana era permanente. En el año 195 a. C., Catón inició una ofensiva hacia el interior de la Península que incluyó el ataque a *Segontia*, quizás Sigüenza, aunque existen dudas sobre su verdadera ubicación (véase Schuchman 1929: 191-192; Chic 1987; Capalvo 1996: 138-141).

En cualquier caso, las fuentes escritas hablan de operaciones militares en torno al Sistema Ibérico desde comienzos del siglo II a. C., igual que narran también la destrucción de poblados durante las campañas de Q. Fulvio Flacco y de T. Sempronio Graco (Livio, XL, 17; XL, 49-50; Floro I, 33, 9; Estrabón *Geografía* III, 4,13; Orosio, *Historias* IV, 20, 2), aunque este último general pronto se convirtió en uno de los más eficaces pacificadores de Celtiberia creando un nuevo marco de convivencia y asegurando la cooperación de los grupos indígenas (García 2008: 81).

T. Sempronio Graco llevó a cabo una política muy diferente a la de Catón, firmando tratados de paz con los celtíberos que les comprometían al pago de tributos y a la aportación de tropas auxiliares al ejército romano, así como les prohibía amurallar ciudades, siendo la violación de esta última cláusula el *casus belli* para el comienzo de la Guerra de Numancia, desarrollada entre 134-133 a. C. (Salinas 2006: 429-430). Las operaciones de Graco en el 179 a. C. supusieron un punto de inflexión en la romanización del territorio, una vez conquistada la ciudad celtibérica de *Ercavica* (Livio XI, 50, 1).

Las últimas investigaciones están demostrando que existe el correlato arqueológico a todas estas noticias escritas en las que se narran destrucciones de poblados, como demuestra el castro de El Palomar de Aragoncillo (Arenas 1999: 187), donde se localizaron materiales tan sugestivos como una punta de *ballista* clavada en la muralla y una bala de catapulta de un peso aproximado de tres minas, equivalente a 1,4 Kg, elementos ambos del equipo militar romano. A

mismo, el mencionado *oppidum* de Los Rodiles (Cubillejo de la Sierra) muestra una elocuente estratigrafía con una ocupación celtibérica, sobre ella un nivel de incendio generalizado y encima una reestructuración del hábitat con elementos materiales romanos fechados a partir de mediados del siglo II a. C. (Cerdeño *et alii* 2008). La Guerra de Numancia influyó sin duda en este territorio, en primer lugar por la cercanía de *Segeda, casus belli* de la conflagración y en segundo lugar porque en él se ubica el *oppidum* de El Castejón de Luzaga, posiblemente la ciudad de *Lutia* de la que Apiano (*Iberia*, 94) dice que sus jóvenes trataron de ayudar a la ciudad sitiada por Escipión en el 133 a. C. (Sánchez-Lafuente 1995a).

A pesar de todo ello, la arqueología indica que los *oppida* indígenas pervivieron aún varias décadas después del famoso episodio numantino, manteniendo e incluso incrementando su actividad social y económica,

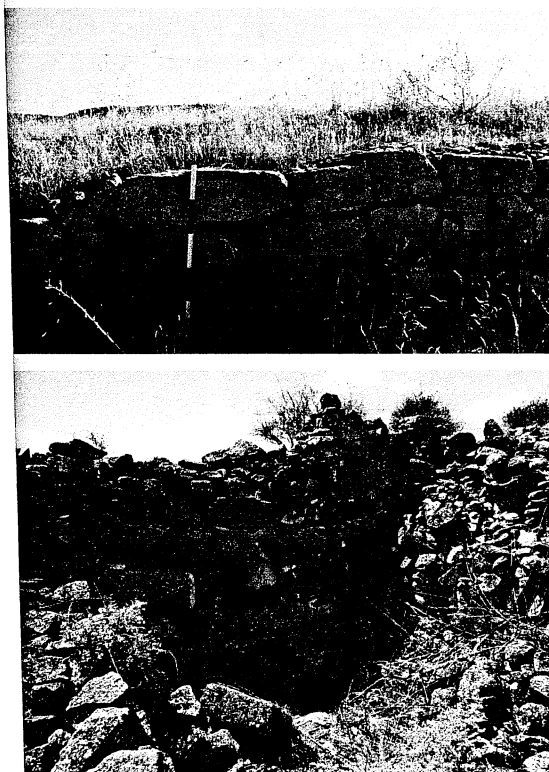


Figura 3. 1) Murallas ciclópeas del *oppidum* de El Losar de El Atance. 2) Torre del castro de Los Castillejos de La Olmeda de Jadraque.

ya bajo la presencia de los conquistadores. Ello se entiende porque todas estas comarcas se convirtieron en áreas estipendiarias y ello suponía que los *oppida* indígenas mantenían su estructura socio-económica, pero Roma se encargaba de su defensa por ser el territorio propiedad del senado y pueblo de Roma, lo que les obligaba al pago de tributos –*stipendium*– (Abascal y Espinosa 1989: 21). Y para ello debían mantener un cierto nivel de prosperidad, es decir, que estos enclaves conservaron en los dos siglos antes de la Era las relaciones sociales características del mundo indígena, aunque mediatizadas y distorsionadas por Roma.

Efectivamente, se asiste ahora a la consolidación y auge de los *oppida*, algunos de carácter protourbano. Como Roma tenía gran interés en crear un mundo de ciudades allí donde la vida urbana no estaba suficientemente desarrollada, decidió potenciar estos enclaves celtibéricos intentando que llegaran a tener una estructura de *civitates* (Blázquez y Alvar 1996: 162) y para ello era necesario que las élites indígenas aceptaran la convivencia con Roma (Urruela 1981: 63). En este contexto se produjeron procesos y dinámicas de concentración poblacional a los que hacen alusión las fuentes clásicas y están bien documentadas arqueológicamente en yacimientos como el Cerro del Viso en Alcalá de Henares (Polo 1995-1996: 41; Azcárraga y Contreras 2006: 49).

Roma fomentó la emergencia de las élites sociales celtibéricas y ello también se plasmó en la propia jerarquización territorial de los *oppida* y sus poblados subsidiarios. La urbanización de Celtiberia estuvo asociada a la consolidación de una élite aristocrática denominada en las fuentes clásicas como *nobiles* y *princeps*. En dichas fuentes se destaca su función militar y su proceso formativo enlaza con el ordenamiento gentilicio previamente existente. No obstante, el fundamento de su privilegio radica en el control del territorio y de sus recursos agrícolas y ganaderos (González Román 1999: 134), como también indican la mayoría de las leyendas monetales que reseñan el nombre de la ciudad que controlaba un territorio. Esta jerarquización social se observa claramente en las formas de relación clientelar asimétrica entre individuos de mayor rango y grupos de menor nivel social (Lorrio 2005: 324), como relata Apiano (*Iberia*, 93)

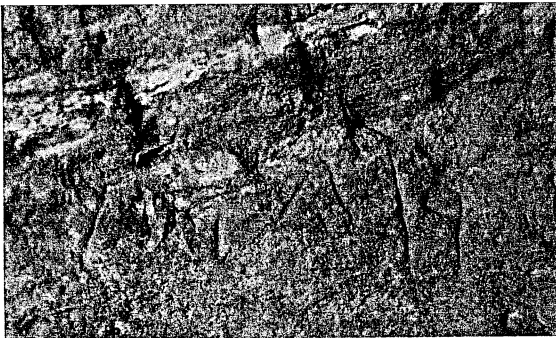
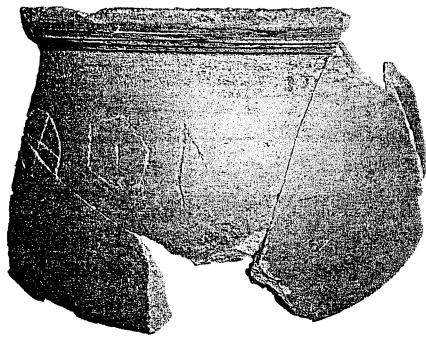


Figura 4. 1) Grafito sobre una cerámica de Los Rodiles II (Foto: P. A. Muñoz) 2) Inscripción rupestre de la Cueva del Robusto de Aguilar de Anguita.

cuando Retógenes supera el cerco de Escipión junto a cinco clientes y cinco “criados” (Jimeno *et alii* 2005: 346).

En este contexto socio-político de las élites locales y la reestructuración de sus *oppida* bajo la presencia romana, hay que situar la aparición de la escritura indígena. Tras el estudio del conjunto epigráfico conservado en la provincia¹ es evidente que la generalización del “hábito epigráfico” se produjo a partir del siglo II antes de la Era, aceptando que la inscripción celtibérica más antigua es el grafito sobre una fusayola de *Segeda* datada antes del 153 a. C. (de Hoz 2003-2004).

A este respecto resulta muy significativo que en el nivel más antiguo de Los Rodiles (Rodiles I: finales siglo III-inicio II a. C.) no se documentan grafitos,

¹ Gamo, E., (e.p.): *Epigrafía paleohispánica en la provincia de Guadalajara*. Ed. La Ergástula. Madrid.

mientras que en el nivel más reciente de yacimiento (Rodiles II: segunda mitad siglo II-primer tercio a.C.) se hallaron varios grafitos sobre cerámica y uno sobre piedra (Cerdeño *et alii* 2012) [Fig. 4]. Caso similar es el de la necrópolis de la Yunta, donde se han recuperado numerosas cerámicas con grafitos: en la fase más reciente de este cementerio había cerámicas con grafitos en 5 tumbas (T: 13, 17, 19, 80, 82) mientras que en la fase anterior del siglo III a.C. solo en dos tumbas (T-75 y 79) y en la Fase Ia, de fin IV-inicio III a. C, solamente en una (T-76) (García Huerta y Antona 1992: 132-134).

Y no hay que olvidar el llamado Bronce de Luza, uno de los ejemplos más paradigmáticos de la epigrafía celtibérica (Fita 1883), a pesar de que su origen y contexto arqueológico no está en absoluto claro².

El indudable auge que los *oppida* celtibéricos tuvieron durante los dos últimos siglos anteriores a la Era está refrendado por los trabajos arqueológicos de prospección y de excavación llevados a cabo en los últimos años. Hemos documentado más de 50 poblados, 14 necrópolis y 10 núcleos mayores en los que se han recuperado materiales indígenas bien identificados tipológicamente junto a materiales romanos, asociación demostrativa de la convivencia entre los dos mundos (Tablas 2, 3 y 4).

La distribución geográfica de los yacimientos reseñados puede verse en los mapas de la figura 2 y su evidente descompensación territorial debe ser explicada. En primer lugar hay que subrayar que la concentración de yacimientos en la zona norte de la provincia, parameras de Sigüenza y especialmente de Molina, responde a que es la zona central celtibérica y a que allí se ha centrado la investigación arqueológica de las últimas décadas, en las que ha participado de manera activa el equipo firmante. Pero ya podemos avanzar que hacia el sur de la provincia también se han localizado nuevos sitios cuyo estudio será inminente. En segundo lugar hay que señalar que tan solo hace unos años este mapa estaba prácticamente vacío y ello significa que no es que no se conserven vestigios de la época que estudiamos, sino que simplemente no se habían buscado.

² Gamo, E., (e.p.): *Op. cit.*

Nº	NOMBRE	LOCALIDAD	BARNIZ NEGRO	MONEDAS	EPIGRAFÍA CELTIBÉRICA	TIPO DE INTERVENCIÓN
1	Alto de San Pedro	Bujalaro				Prospección
2	Altillo de Cerropozo	Atienza				Exc. antigua
3	Valdenovillos	Alcolea de las Peñas	X			Exc. antigua
4	Las Horazas	El Atance				Exc. antigua
5	Prados Redondos	Sigüenza				Exc. moderna
6	Los Centenales	Luzaga		X		Exc. antigua
7	La Carretera	Aguilar de Anguita			X	Exc. antigua
8	El Altillo	Aguilar de Anguita		X		Exc. antigua Exc. moderna
9	Riba de Saelices	Riba de Saelices				Exc. moderna
10	El Tejar	Turmiel				Exc. antigua
11	La Yunta	La Yunta			X	Exc. moderna
12	Puente de la Sierra	Checa	X	X		Exc. moderna

Tabla 2. Necrópolis celtibéricas con elementos del período celtibero-romano. La numeración coincide con la del mapa de la figura 2.2.

Hemos definido como *oppida* a los enclaves más grandes, aunque tienen menores dimensiones que los de territorios adyacentes, como la provincia de Soria o sobre todo el valle del Ebro (Cerdeño *et alii* 1995: 164; Jimeno 2005; Caballero 2003). Creemos que esta denominación no debe responder únicamente al tamaño, puesto que la categoría de un asentamiento también se mide en relación con los demás habitats que le circundan y en el papel que jugó respecto a ellos. Recordemos que Livio habla de 150 *oppida* celtibéricos que se sometieron a Graco y eso indica que no podía referirse sólo a ciudades (Burillo 2006: 36), sino a todos estos asentamientos típicos de un ámbito rural alejados de los territorios más dinámicos.

La mayoría de estos *oppida* tuvieron ocupaciones anteriores al siglo II a. C. y se han observado diferencias entre las distintas fases tanto en los objetos muebles, como en las estructuras constructivas. En el caso

de las murallas es difícil distinguir si se añadieron elementos de factura romana, pero en el modelo urbano esta nueva aportación es evidente ya que se ampliaron los espacios construidos, adoptando el diseño ortogonal o reticulado organizado en varias calles.

De nuevo mencionamos Los Rodiles en cuya fase II se ocupó toda la zona central o acrópolis, de la que se han excavado unos 200 m², poniendo al descubierto una planificación urbanística diferente a la anterior, articulada por largos muros longitudinales en sentido norte-sur que delimitan grandes espacios, en alguno de los cuales se han identificado suelos de cal, placas de hogar rubefactadas o apoyos de poste. Los muros están fabricados con piedras calizas de diferentes tamaños y constan de un zócalo de doble fila y varias hiladas, que conservan alturas de hasta 1 m. Perpendiculares a éstos muros principales, discurren otros de menor entidad hechos con lajas de arenisca

Nº	NOMBRE	LOCALIDAD	BARNIZ NEGRO	ÁNFORAS	MONEDAS	EPIGRAF. CELTIB.	EPIGRAF. LATINA	INTER-VENCIÓN
13	El Castro	Bujaloro	X		X			Prospección
14	Procaido I	Tordelloso			X			Prospección
15	El Salobral	Riba de Santiuste						Prospección
16	Alto del Castro	Riosalido						Prospección
17	El Castillejo	Olmeda de Jadraque						Prospección
18	Cerro Villavieja	Sigüenza			X			Excavación Antigua
19	Nuestra Señora de los Huertos	Sigüenza	X					Excavación
20	El Castro junto al pueblo	Pelegrina			X			Prospección
21	Vega de Bujarrabal I	Bujarrabal			X		X	Prospección
22	Tetas de Viana - Teta Redonda	Viana de Mondéjar	X					Prospección
23	La Cabezuela	Zaorejas						Prospección
24	Modojos II	Codes		X				Prospección
25	La Torre II	Turmiel	X					Prospección
26	Hoyo Redondo II	Anchueta del Campo	X	X				Prospección
27	Las Cabezuelas	Labros						Prospección
28	Cabeza del Cid	Hinojosa						Prospección
29	Los Villares	Tartanedo						Prospección
30	La Cava	Fuentelsaz						Prospección
31	La Rodrigo	Fuentelsaz						Prospección
32	El Palomar / Sector Molino	Aragoncillo				X		Prospección
33	Los Castillejos	Canales de Molina			X			Prospección
34	Las Coronillas I	Pardos	X					Prospección
35	Maracidia	Torrubia						Prospección
36	Guisema	Tortuera						Prospección

Tabla 3. Poblados celtibéricos –el altura y en llano– con elementos del período celtibero-romano. La numeración coincide con la del mapa de la figura 2.3.

Nº	NOMBRE LOCALIDAD	BARNIZ NEGRO	ANFORAS	MONEDAS	EPIGRAF. CELTIB.	EPIGRAF. LATINA	INTER- VENCION
37	Cerro de los Conjos						Prospección
38	Huerta del Marqués						Prospección
39	El Castellote		X				Prospección
40	Castro de Tordelpalo			X			Prospección
41	Villa de Tordelpalo						Prospección
42	Villa de la Cubillejo de la Vega		X				Prospección
43	Castro San Roque						Prospección
44	Peña Moño						Prospección
45	El Castillejo I		X				Prospección
46	Las Arbillas						Excavación
47	El Castillejo		X				Prospección
48	Las Hoyas		X				Prospección
49	El Quintanar						Prospección
50	Villarejo I		X				Prospección
51	Cerro Santo						Prospección
52	San Segundo						Prospección
53	El Villar						Prospección
54	Fuente del Moro						Prospección
55	El Castillejo						Prospección
56	Castil de Lobos		X				Prospección
57	Las Cabezuelas						Prospección
58	Prado de la Lobera I						Prospección
59	Los Castillarejos						Prospección
60	Castil Griegos				?		Excavación
61	El Cubillo						Prospección
62	El Villar I						Prospección
63	La Coronilla		X	X		X	Excavación
64	El Pinar					X	Prospección

Nº	NOMBRE	LOCALIDAD	BARNIZ NEGRO	ÁNFORAS	MONEDAS	EPIGRAF. CELTIB.	EXTENSIÓN (Ha)	INTERVENCIÓN
65	Castro de Bujalero	Bujalero	X		X		2'5	Prospección
66	El Losar I	El Atance					6	Prospección
67	Alto del Castro	Riosalido					2	Prospección
68	Llano de San Pedro / Las Viñas	Valderrebollo	X		X		9	Exc. Antig Prospección
69	Muela de Alcocer	Alcocer	X	X	X		8'6	Prospección
70	El Castejón	Luzaga			X		5'5	Exc. Antig
71	La Cerca	Aguilar de Anguita	X		X		12	Exc. Antig Exc. Mod
72	La Cava	Luzón					3'6	Prospección
73	Los Rodiles	Cubillejo de la Sierra	X	X	X	X	3	Excavaci

Tabla 4. *Oppida* con elementos del período celtíbero-romano. La numeración coincide con la del mapa de la figura 2.4.

roja y acaban definiendo grandes manzanas rectangulares o cuadrangulares limitadas por calles, rebajadas en la roca madre o marcadas por capas de nivelación de piedras pequeñas y medianas, tierra y desechos domésticos, por ejemplo, cerámica muy fragmentada y ripio. El diseño de las estancias y las calles, así como otros elementos constructivos se asemejan a los identificados en importantes enclaves cercanos como La Caridad de Caminreal (Beltrán 1999a: 141) y El Alto Chacón en Teruel (Atrián 1976) o El Llano de la Horca en la provincia de Santorcaz en Madrid (Ruíz-Zapatero *et alii* 2012), cuyos restantes materiales también coinciden tipológica y cronológicamente (Tabla 5).

Entre mediados del siglo II y el siglo I a. C., como decíamos en párrafos anteriores, estos recintos amurallados no sólo no se destruyeron sino que se generalizaron, adquiriendo unas características monumentales como podemos observar en la torre sur de Los Rodiles que alcanza los 16 m de longitud y conserva más de 4 m de altura. Igualmente el estudio de los asentamientos de Sierra Menera ha puesto en relación este au-

mento de la monumentalidad con el control de explotaciones mineras y en general con la ya presente "supervisión" romana (Polo y Villagordo 2015; Martínez Naranjo 2002).

De hecho, en toda *Hispania Citerior* se observó desde comienzos de la conquista romana que numerosos enclaves construyeron aparejos ciclópeos denominados *opus siliceum* u *opus quadratum* (Aguilar 2006). Todo parece indicar que no se construyeron frente a Roma sino con su aquiescencia y que en el interior se instalaron guarniciones. La arqueología permite, pues, ponderar la información de las fuentes clásicas al observar que las destrucciones de fortificaciones no fueron tan frecuentes ni generalizadas como mencionan algunos escritores clásicos (Apiano, *Íb* 1 y 44; Diodoro 31, 39; Frontino, *Estratagemas* 1, 1).

La mayoría de la población siguió viviendo en *oppida* y en poblados menores que conservaban características indígenas hasta la finalización del conflicto sertoriano. Es el caso de La Coronilla I (deño y García Huerta 1992), donde se conserva la presencia de ánforas vinarias itálicas y cerám-

que, tras su destrucción durante el conflicto sertoriano, trasladó su población al cercano Tuyo del Cid (San Esteban, Tuel), siguiendo la explotación hasta el siglo II d. C. (Polo 1999: 200-201). La sal también jugó un papel relevante en la economía de estas poblaciones, tanto en época celtibérica como romana y se trata de manera específica en otro capítulo de este mismo libro.

Sin embargo, la principal base económica seguía descansando en una actividad mixta agrícola y ganadera con mayor predominio de la primera, fruto de las innovaciones tecnológicas llegadas desde Roma. En la comarca de Molina de Aragón, durante el siglo II a de C. se observa una reocupación de antiguos castros con buenas posibilidades para la explotación agrícola (Lorrio 2005), como La Coronilla de Chera, Las Arbillas de Prados Redondos (Galán 1989-1990) o El Castillejo de Anquela del Pedregal (García Huerta 1989: 17-19).

Aparte de la ubicación y estructura de los hábitats, también son relevantes los materiales en ellos encontrados. La cerámica celtibérica siguió siendo el material más abundante, con algunas formas más evolucionadas. En general, se repiten los tipos precedentes con sus clásicas pastas depuradas de color beige o naranja, aunque se hacen más frecuentes las vasijas de cuerpo globular, *kalarhos*, cuencos de bordes redondeados y planos o vasos crateriformes en deterioro de los caliciformes; algunas interesantes decoraciones remiten a tipos numantinos, con finos engobes blancos y decoración en negro recreando figuras esquemáticas o geométricas.

Especialmente significativos resultan los *kalarhos* que en Celtiberia oriental se fabricaron desde finales del siglo III a. C., aunque tuvieron mayor auge en los siglos II-I (Burillo *et alii* 2008: 176). Por ejemplo, en Los Rodiles II, el castro de La Coronilla (Chera-Prados Redondos) donde se localizaron varios *kalarhos* similares, uno de ellos en la vivienda 5 asociado a cerámica calena de barniz negro, así como a *sigillata* aretina; en la vivienda 12, otro decorado con motivos vegetales esquemáticos junto a un fondo de cerámica calena de la forma Lamb.4 (Cerdeño y García Huerta 1992: 70; Lam.13-22). También están documentados en *Segeda* I, con una cronología entre finales del

ELEMENTOS DIAGNÓSTICOS DE ÉPOCA ROMANA REPUBLICANA DOCUMENTADOS EN LOS RODILES II

- Diseño urbano ortogonal
- Suelos de cal blanca
- Campaniense A y cerámica de Cales
- Anforas tipo Dressel I
- Horquilla de hueso
- Soplete antropomorfo de bronce de un quemador de perfume
- Ases de bronce de diferentes cecas
- Umbo de escudo con aletas trapezoidales

Tabla 5. Ejemplo de asimilación de los nuevos elementos por parte de las comunidades celtibéricas.

barniz negro (Gamo y Azcárraga 2012). Además de los poblados en altura también se han localizado poblados en llano como El Salobral (Riba de Santius-re) o la Vega de Bujarrabal I.

Los grandes enclaves debieron tener un importante desarrollo artesanal en su entorno como se ha observado en *Numancia* (Jimeno *et alii* 2005: 348) o en La Rodrigo de Fuentelsaz, con un importante taller alfarero (Arenas 1991-1992). Igualmente debió reactivarse la extracción de metal y se piensa que la comisión de seis senadores enviada por Roma tras la toma de *Numancia* (Apiano, *Iberia* 99) tendría, entre otros cometidos, la reorganización de la administración de la minería (Caballero 2003: 153). Un buen ejemplo es La Caridad de Caminreal (Tuel), fundada *ex-novo* en el siglo II a. C. presumiblemente para ejercer el control de las minas de Sierra Menora pero

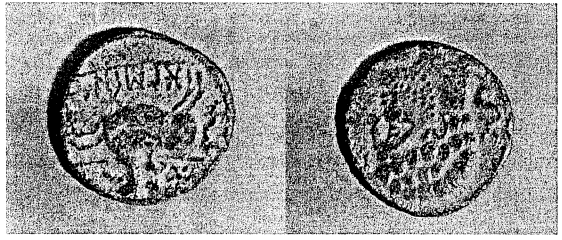


Figura 5. As de bronce de la ceca de *bolskan* procedente de Masegoso de Tajuña.

siglo III a. C. y la primera mitad del siglo II (Cano *et alii* 2001-2002) e igualmente se encontraron estas formas tardías en Los Castellares de Herrera de los Navarros (Burillo 1983:56). Resulta muy significativa la presencia de productos de importación, sobre todo ánforas vinarias y cerámica de barniz negro, aunque su porcentaje es pequeño respecto al material indígena, como se observa en los yacimientos mencionados.

Por su parte, el hallazgo de monedas en la mayor parte de los poblados indígenas demuestra la existencia de una importante circulación numismática a lo largo de la Meseta Oriental y una intensa relación con el valle del Ebro durante los dos siglos anteriores a la Era (Abascal 1995: 175), favorecida por los propios romanos. No se puede afirmar con rotundidad que alguna de las cecas celtibéricas conocidas se ubicara en la provincia de Guadalajara, siendo un debate todavía pendiente de solución (Fig. 5).

La continuidad en los lugares de hábitat también se observa en los lugares de enterramiento. Las necrópolis de incineración siguen mostrando sus tradicionales características formales y rituales, pero en ellas también aparecen elementos de importación romana, como es el caso de la necrópolis de Checa, donde se encontró cerámica de barniz negro (Martínez y de la Torre 2008).

2.2. El fin del sistema de los *oppida*: el siglo I a.C.

De nuevo es la arqueología la que mejor indica que durante el primer siglo antes de la Era se produjo un proceso de reestructuración general —económico, social y político— que se aceleró a raíz del conflicto sertoriano y de la posterior guerra civil entre César y Pompeyo y que tuvo un gran impacto en los patrones de asentamiento. La guerra de Sertorio supuso una importante convulsión en la Meseta aunque ahora los protagonistas directos de la guerra no fueron las poblaciones locales, sino los propios romanos, que trasladaron sus luchas políticas al ámbito provincial e hicieron que los indígenas tomaran partido por una de las facciones (Roldán 1988: 129).

Los episodios sertorianos tuvieron como escenario la Meseta oriental en dos momentos distintos, el

primero durante la campaña de Hirtuleyo del año 7 C. y el segundo durante la expedición del propio cónsul rebelde en el año 77 a. C., mientras que la ubicación geográfica de las operaciones del año 75 a. C. resulta más complicada de determinar (Viñas 1992: 71-72).

La campaña del año 77 a. C. se desarrolló por el valle del Henares y cabe la posibilidad de que la *raca* asaltada por Sertorio fuera el yacimiento de La Muela de Alarilla, a la que alude Plutarco (*Sertorio* 17) al describir la argucia empleada por el general para su conquista. Los nuevos hallazgos arqueológicos confirman la información escrita, constituyendo una prueba muy significativa el conjunto de balas honda de plomo con la leyenda Sertorio, encontradas a lo largo del río Henares (Gamo 2011: 181-182). No se trata de un ejemplo aislado, sino que hay numerosas piezas en Alarilla, Taracena (Stylow 2001: 252) y en la Muela de Alcocer (Fuentes 1993: 17). Estas evidencias indicativas de que allí el conflicto tuvo mayor violencia y de que estos glandes eran usados sistemáticamente no sólo como arma, sino también como propaganda política. Además de estos elementos bélicos también puede considerarse que la ocultación de denarios de Bujalaro está vinculada al conflicto sertoriano³ y así mismo la ocultación de los 168 denarios de la ceca de *bolskan* encontrados en La Muela de Taracena (Gil 1980), pues las monedas de esta ceca han considerado siempre muy vinculadas a Sertorio (Gozalbes 2008: 199) y por ello creemos que es una llamativa abundancia en la provincia de Guadalajara es una prueba más de la convulsión que aquella convulsión supuso en estos territorios.

Otro ejemplo sería el poblado celtibérico de Castillejos Griegos, destruido en la primera mitad del siglo I antes de la Era, según indica su importante nivel de incendio⁴. Parece que el general atacaba los puntos más estratégicos que controlaban el territorio, considerando que los *oppida* eran los lugares de referen-

³ Gamo, E. (e. p.): Una ocultación de denarios en Bujalaro (Guadalajara): Contexto histórico-arqueológico. En F. Burillo (coord.): *VII Simposio de Celtiberos. Nuevos hallazgos. Nuevas interpretaciones*.

⁴ Martínez, J. P. y de la Torre, J. I., (e. p.), Castil de Griego y Puente de la Sierra: un modelo de poblamiento celtibérico en el Alto Tajo. En F. Burillo (coord.): *VII Simposio de Celtiberos. Nuevos hallazgos. Nuevas interpretaciones*.

Tras el conflicto sertoriano se aceleró el proceso de romanización de toda la zona y comenzó una etapa a la que hemos denominado "crisis del siglo I antes de la Era", plasmada en un cambio notable en el hábitat, indicador de una nueva territorialidad inducida por las decisiones políticas romanas. Se constata este momento en el registro arqueológico por el traslado de algunos de los principales *oppida* a nuevas ubicaciones, manteniendo en muchos casos el nuevo hábitat el nombre del precedente *oppidum* prerromano.

La progresiva romanización de las antiguas aristocracias celtibéricas residentes en estos enclaves se manifiesta en los nuevos asentamientos en llano sin amurallar, especialmente en las características urbanísticas y estéticas ya plenamente romanas y en la ubicación en torno a vías de comunicación y en áreas adecuadas para una mejor explotación de los recursos agrícolas o mineros del territorio. En la comarca de Molina se abandonaron muchos lugares fortificados en altura habitados desde hacía siglos, como Los Rodiles, y se fundaron otros nuevos en llano. Lo mismo ocurre en la vertiente aragonesa de Sierra Menera donde también se documenta un abandono generalizado de los poblados fortificados durante el siglo I a. C. (Polo y Villagordo 2004: 169), siendo un buen ejemplo el abandono y destrucción del mencionado asentamiento urbano de La Caridad de Camín-tral tras las guerras de Sertorio y el traslado de sus habitantes al cercano Cerro de San Esteban, en El Poyo del Cid (Burrillo 1980:155-162).

En otras comarcas de Guadalupe también observamos abandonos y traslados poblacionales durante el segundo tercio del siglo I a. C., destacando la Muela de Alarilla, el Llano de San Pedro-Las Vinas de Val-derebollo o La Muela de Taracena. Este último habitado debía ser la *Arrivaca* prerromana (Gamo 2011) y se abandonó también en el momento posterior al conflicto sertoriano, que le había afectado de modo especial como demuestran las evidencias arqueológicas encontradas. Su población se trasladaría a la otra orilla del Henares, al lugar conocido como El Tesoro de Marchamalo que coincide con la *Arrivaca* tardorrepública e imperial del Itinerario de Antonino (Cardin y Cuadrado 2002: 97), siendo prueba de ello la moneda republicana con la representación de Jano encontrada en la necrópolis de esta *mansio* (Abascal 1991: 427).

Es posible además que los *oppida* albergaran o tuvieran en los alrededores guarniciones romanas, como indica el hallazgo de elementos de armamento romano -el *pilum* y el *umbro* de escudo de Los Rodiles II^o o las armas romanas de El Llano de la Horca en Santorcaz (Ruiz-Zapatero *et alii* 2012: 264-266) - que pueden enlazarse con la alusión que hace Plutarco (*Sertorio*, 6, 4) a la popularidad que alcanzó entre los indígenas la decisión de Sertorio de limitar el alojamiento de tropas en las *civitas*.

Poco tiempo después, estos territorios y sus adyacentes también se vieron implicados en las Guerras Civiles entre César y Pompeyo, conservándose documentación de que César, tras derrotar a Afranio y Pompeyo en *Ilerrda* en el año 49 antes de la Era, demanteló los *oppida* de Azaila, Borortia y Corona de Fuentes de Ebro y trasladó su población a una nueva ubicación, como castigo a que en ellos había un fuerte partido pompeyano (Beltrán 1976: 52). También existe confirmación arqueológica en el campamento de Las Canteras (Medinaceli), junto al límite norte de la provincia de Guadalupe, donde se localizó un denario de la familia Aquilia, datado en el 49 antes de la Era, indicador de su ocupación durante las Guerras Civiles (Pastor 1996).

La existencia de partidarios de Pompeyo es más que probable y resulta muy clarificadora una referencia explícita de Julio César (*Guerra Civil* I, 61, 2): "Así pues, deciden abandonar (Afranio y Pompeyo) aquellos lugares (Ilerrda) y hacer la guerra en la Celtiberia. Apoyaba también esta determinación el hecho de que, de los dos bandos contrarios en la anterior guerra contra Quinto Sertorio, las ciudades vencidas tenían el nombre y el poder de Pompeyo aún en su ausencia, y las que habían estado en su alianza le eran muy adictas por haber recibido grandes beneficios: Sin embargo el nombre de César era menos conocido entre los bárbaros. Allí esperaban encontrar grandes refuerzos de caballería e infantería y pensaban prolongar la guerra hasta el invierno en lugares ventajosos".

⁵ Cerdeño M^a L., Chorda, M. y Gamo E., (e, p.): Huellas arqueológicas de la conquista romana en la Celtiberia: el *oppidum* de Los Rodiles (Guadalupe, España). En M. Navarro (coord.): *V Coloquio Internacional: Conflictos et sociétés en Hispanie à l'époque de la conquête romaine (III-I siècle av.J.C.)*. Ausonius Institut. Burdeos.

Fuera de nuestra provincia también se conocen casos similares, pudiéndose citar los abandonos de *Segeda I* (Mara, Zaragoza), *Bilbilis* (Valdeherrera, Zaragoza), *Uaracos* (Custodia de Viana, Navarra) *Colouniocu* en el Alto del Cuerno (Coruña del Conde, Burgos) y *Contrebia Carbica* (Fosos de Bayona, Cuenca) (Burillo 1998: 323).

Estos cambios en la territorialidad durante el siglo I antes de la Era siguen presentando ciertos interrogantes, pues en ocasiones es difícil discernir si correspondieron al conflicto sertoriano o a las Guerras Civiles entre César y Pompeyo. En cualquiera de los casos, la arqueología parece demostrar que el traslado mayoritario de la población de los antiguos *oppida* a una nueva ubicación no implicó su total abandono, pues la presencia en ellos de algunos de los fragmentos de *sigillata* es indicativa de la permanencia de población residual en estos lugares hasta el siglo I de la Era, como es el caso de La Muela de Taracena.

Resulta muy significativo que precisamente a mediados del siglo I antes de la Era, en esta época de cambios, los epígrafes en signario paleohispánico sean ya muy escasos y, en cambio, aparezcan las primeras inscripciones en latín sobre *instrumenta domestica*, como los grafitos de La Coronilla (Chera) (Cerdeño y García Huerta 1992: 31, 72, fig. 15; Gamo 2012a: 202-203, n° 101) y La Guirnalda (Quer) (Azcárraga et alii 2009: 241-242, fig. 12; Gamo 2012a: 203-204, n° 102), esta última ya en el ámbito carpetano.

3. CONSIDERACIONES FINALES

En las líneas precedentes hemos resaltado la importancia de los resultados obtenidos por la investigación arqueológica de los últimos años al haber permitido trazar un nuevo panorama del momento histórico en que los romanos hicieron su aparición en los territorios meseteños y en el cambio paulatino que fueron experimentando. Estos resultados completan el estudio de los textos clásicos que en ocasiones habían dibujado una sociedad indígena sesgada por el prisma romano, ocultando parte de su verdadera personalidad y de los siglos de historia que la precedían.

Sin remontarnos mucho tiempo atrás, era conveniente recordar cómo eran y donde vivían los celtibe-

ros de finales del siglo III a. C. y cómo reaccionaron ante la llegada de los conquistadores, de la misma manera que era interesante saber exactamente los lugares en que se enfrentaron y finalmente convivieron. Las fuentes escritas describen algunos de aquellos episodios y algunos documentos epigráficos los perfilan, pero ahora hemos encontrado yacimientos que los corroboran o matizan y que, en cualquier caso, materializan y personifican unas narraciones transmitidas por los vencedores.

Cada vez conocemos mejor los detalles de aquel proceso histórico, desarrollado a lo largo de casi cinco años, que supuso el fin de la independencia indígena y su incorporación a las estructuras políticas de Roma. La ubicación y distribución de los poblados, los niveles de incendio, los materiales encontrados en ellos y en las necrópolis o la aparición de la escritura indígena y posteriormente latina son importantes archivos que conforman un buen registro documental.

La inicial resistencia de las sociedades locales fue doblegando y al finalizar las Guerras Celtibéricas sus territorios se convirtieron en áreas estendidas, lo que supuso su inclusión en una nueva estructura política que impulsó un cambio cada vez más rápido que culminaría durante el siglo I d. C. Las sucesivas promociones jurídicas de las ciudades estructuraron definitivamente una nueva forma de territorialidad que a partir de la época alto imperial se basó en los centros urbanos que aglutinaban las funciones económicas, políticas, administrativas y religiosas y controlaban a todos los centros rurales circundantes. En este nuevo mapa organizativo, los territorios que hoy corresponden a Guadalajara quedaron como áreas periféricas, formando parte de los territorios de ciudades que se situaban a su alrededor, como *Ercavica*, *Tiermes*, *Complutum*, *Arcobriga* y *Bilbilis*.

Pero a pesar de todos los cambios, los elementos de raigambre indígena no desaparecieron totalmente y sus huellas se siguen encontrando en época imperial tanto en la tipología de algunos objetos, como en la toponimia, o la epigrafía (teónimos, onomástica), sin que todavía esté bien valorado el significado alcance de esta perduración.